

¡Y yo en cambio no puedo
traducir mi dolor!
¡Quién les diera mis ansias!
¡¡O me diera su voz!!

VOZ DEL ANHELO



VOZ DEL ANHELO

Todas las tristes palabras
con que digo mis pesares,
—harto lo comprendo,— suenan
á retóricos alardes.

¿Dónde está la voz del alma
con que nunca se cantase;
voz del llanto, con que diga
mis sufrimientos de mártir?



¿Dónde, la palabra triste
 jamás escrita por alguien?
 ¿Con qué acentos de amargura
 pintara mi fiero trance,
 de modo tal que las rocas
 crugieran al escucharme?
 ¿Con qué profundos sollozos?
 ¿Con qué prolongados ayes?
 ¡Ah, tortura de torturas,
 la que sufro, tan infame!



Tú, Dios piadoso, que miras
 mis suplicios infernales;

Tú, que mis cuitas conoces;
 Tú, que mis tormentos sabes:
 haz que los hombres conozcan
 todo el horror de mis males.
 Comprendan... por qué me pierdo,
 ¡ya que no pueden salvarme!





Dicen que los perros ladran
si á la vez *barruntan muertos*;
que sus aullidos, entonces,
son fatales y agoreros.



En unos prados vecinos,
pasa las noches un perro,
que me desvela y me espanta
con ladridos lastimeros...



Y he llegado á acostumbrarme
de tal modo á sus lamentos
que, si calla, me desvela,
me angustia más, el silencio.





Qué desdén tan profundo me inspiran
los hinchados y graves señores
que por varias grandezas deliran;
los que á tantas mercedes aspiran;
los que sueñan con tantos honores. •



Tanta y tanta merced engañosa,
¿qué serán cuando alguno sucumba?
Un engaño de más en su fosa;
unas letras de más en su losa...
¡que no harán más templada la tumba!





*Me cansan los niños. Me aturden
si juegan, si corren, si gritan.*
¡Mas, ay, que yo adoro á los niños!
Me encantan sus saltos, sus risas . . .
Por verlos alegres, felices,
les diera, gustoso, mi vida.
¡Dejad que me aturdan! ¡Que jueguen!
¡Que gocen! ¡Que Dios los bendiga!



Como pájaro que tiembla
del halcón y de sus garras,
yo me espanto de la muerte,
que en la sombra me amenaza.



De la Muerte que me acecha,
de la muerte que me aguarda...
¡Como pájaro que mira
que el halcón se le abalanza...!



No prolongues mis tormentos,
dura Muerte, Muerte aciaga.
Ven, y acaba con mi vida,
que es mi muerte. ¡Ven, y acaba...!





Aun en pleno verano,
torna de nuevo el frío;
con que, por él, de nuevo,
me refugio en mí mismo.



Con que vuelven, mayores,
mis hondos sufrimientos;
con que tiemblan mis ánimos;
porque tiembla mi cuerpo.



Torna pronto, retorna,
temple grato del Sol;
¡bienestar en los cuerpos,
y en las almas Amor!





Oh, terrible dolor, que me laceras,
sin cesar, sin cesar;
dolor del cuerpo vil, que para el alma
se trueca en ansiedad;
oh, mal inacabable,
que engendra tanto mal;
debe de ser castigo que me apliquen . . .
¡Debió de imaginarte Satanás!





Me desperté... ¡gritando!
¡Qué horrible pesadilla!

Soñé recién dormido.
Soñé que sucumbía.

Soñé que me faltaba,
por instantes, la vida...

Me ví, tendido, muerto,
bajo flores marchitas...

Miré la negra caja...
Sentí la fosa misma...

Y aún fué mayor mi espanto:
¡soñé que revivía!



Busco en remedios extraños
las fuerzas que ya me faltan;
sus alivios para el cuerpo;
sus impulsos para el alma.



Sí me los dan, á las veces...
Sí me los dan, por lo pronto.
Pero á costa de que sufra
la ansiedad de los demonios...



Son los supremos recursos.
Quien lo asegure no miente.
Tan supremos, que me aprontan
la paz suprema: la Muerte.





Por sentir, un solo día,
¡nuevamente!, la salud
los ánimos, la alegría
y el bien de la juventud,
no sé... ¡no sé qué daría!



Lo que el hombre que viviera
viendo, mas sin ver siquiera,
no ya el Sol, ni el arbol
del alba que torna, diera
por ver un momento el Sol.

